Un llamado a la reflexión, a la paz y a la solución global del conflicto

Nadie puede dudar a estas alturas que el conflicto de El Salvador ha llegado a una situación límite y, peor aún, que tiende a empeorar bajo el rígido esquema de represión, insurgencia y contra-insurgencia. Todo ello genera una escalada de violencia que se agudiza cada vez más, sin que las partes caracterizadas de la contienda social se impongan en la línea de su propia fuerza ni impongan su propia perspectiva de cómo debe resolverse la crisis del modelo de dominación económica, la crisis de autoridad de los aparatos del Estado y el arribo a una solución que permita la armonía social y la paz de toda la nación.

1. El problema es sin duda muy complejo y de muy difícil solución, pero su raíz fundamental está en la injusticia estructural que ha dividido a la sociedad salvadoreña y ha hecho enfrentarse entre sí a los salvadoreños divididos.

El Salvador ha vivido por más de cien años un régimen de sobre-explotación de la clase trabajadora urbana y rural que hacen intolerables los márgenes de dominación de la clase dominante. Esta dominación ha generado miseria, analfabetismo, marginalidad, más allá de los marcos propios del llamado capitalismo periférico o dependiente. La sociedad salvadoreña ha acumulado así una fuerte dosis de violencia de clases, de antagonismos y odios que hay que tener en cuenta para comprender el actual conflicto y su expresión violenta. Las crisis cíclicas de la economía han afectado duramente a los sectores laborales y les han obligado a buscar diferentes medios para manifestar su inconformidad, sin que la clase dominante haya sabido, querido o podido canalizar el malestar de las mayorías, cada vez más depauperadas y darles solución.

La clase dominante, en el sector privado y público, no ha atacado la raíz objetiva del malestar, cambiando el modelo eco-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

nómico basado en la agro-exportación de productos tradicionales de poca inversión y bajos salarios. Pero además ha cometido el error, y lo sigue cometiendo, de interpretar falsamente la insatisfacción de las mayorías populares, como si ésta se debiera a la prédica revolucionaria, a la agitación, y no a una cuestión objetiva, como es la trágica y deprimente condición social de la mayoría de los salvadoreños. Error más grave cuanto más espantosa e increíble es la miseria de las mayorías populares que no se puede captar ni valorar adecuadamente ni siquiera en una lectura de los aterradores indicadores económicos y sociales.

Es esta situación de hambre y miseria, de increíble explotación, la que produce el conflicto violento en sus verdaderas raíces y no el pretendido recurso de indoctrinación y predicación de la lucha de clases. Esta no es una doctrina para crear y exacerbar los conflictos sociales, sino una realidad que se da a diario y que en El Salvador la ha potenciado y agudizado la oligarquía; no es una invención demoníaca para hacer revoluciones, sino la expresión social del conflicto causado por la dominación económica.

Si hay que conseguir la paz, por lo tanto, ya no es posible en El Salvador la dominación oligárquica, a no ser que se vuelva al pasado y se recurra a la matanza generalizada de la población para sostener viejos modelos económicos que se han mostrado a todas luces injustos e ineficaces para el bien de las mayorías y para mantener la paz en el país. Los cien años de "democracia cafetalera" con sus conservadoras plantaciones y su no menos cerrada estratificación social han llegado a su fin. Ni se puede tolerar que unas pocas familias se beneficien del trabajo de millares y millares de peones y proletarios urbanos, ni es esto ya posible sin que se originen los violentos conflictos sociales actuales. Como se ha dicho con razón, la injusticia estructural es violencia institucionalizada y por ello raíz histórica de conflictos y violencia.

Este modelo económico creador de una crisis permanente está agotado por injusto y por incapaz para producir la paz. Ha operado además profundos cambios en las diversas instituciones del país, las cuales, para defenderlo o para combatirlo, han tenido que cambiar sus funciones, llegándose en casos a una verdadera desnaturalización y aun perversión.

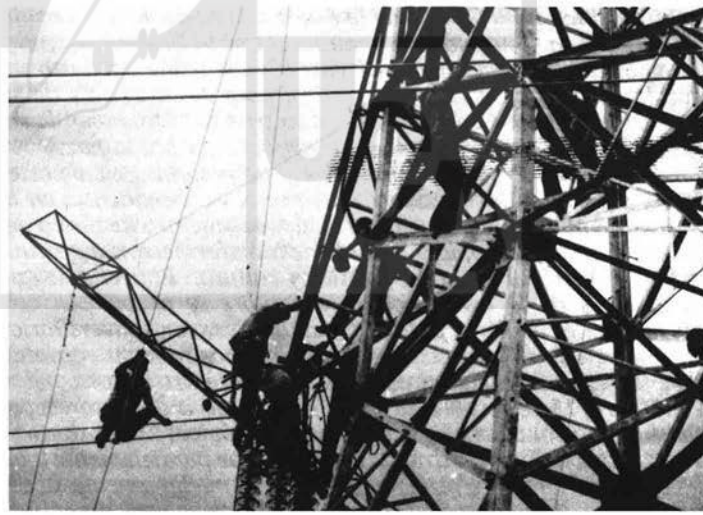
El ejército, creado para ser sostén de los principios y normas constitucionales, ha sido el instrumento a mano de las clases poderosas para invalidar los derechos civiles y políticos de todos los ciudadanos, a tal grado que desde 1931 la Fuerza Armada ha representado el papel de "gran elector", pervirtiendo así el principio de soberanía popular y volviéndose un factor de poder que le desnaturaliza y deslegitima, además de corromperle en la cúpula de los altos mandos que ven sus ambiciones satisfechas en cada elección presidencial.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

Los partidos políticos, que de existir una sociedad democrática, representarían los diversos intereses económicos, sociales e ideológicos y los defenderían por medios sustancialmente políticos, ante la cerrazón y la exclusión de que son objeto por parte del sistema oligárquico castrense, han optado por vías de lucha que permitan el replanteamiento total del esquema político imperante. También los sindicatos y los gremios, ante leyes que además de injustas son inoperantes, han recurrido a acciones y métodos que no les son específicos.

La institución universitaria, en lugar de servir primordialmente como centro de educación, investigación científica, propagación de la cultura y producción de pensamiento racional para el bien del país, en ocasiones se ha visto convertida en grupos de presión, cuando no en difusos partidos, plataforma ocasional para las guerrillas o cenáculos para la conspiración política; y en otras ocasiones se ha concentrado en su válida y necesaria dimensión política, pero de tal manera que sólo es explicable en estado de emergencia nacional.

La Iglesia consciente y comprometida, ante imperativos éticos y cristianos, se ha vuelto crítica del modelo económico injusto y del sistema político corrupto, se ha tornado en voz que clama justicia y apela ante las conciencias para que se operen los cambios estructurales y cese la represión. Esta actitud le está exigida por el evangelio y no es impropia de la Iglesia, aunque así lo juzguen algunos sectores sociales. Pero tampoco hubiese sido normal si en el país existiesen los cauces y la libertad para denunciar atropellos y buscar soluciones racionales.



Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

Hay, como puede observarse, desnaturalización, inversión de roles, funciones de emergencia y de subsidiaridad en las instituciones, que sólo pueden explicarse por la profunda enfermedad del modelo económico que las ha generado y exigido. La inversión fundamental se da en la institución armada, a la cual responden en diversa medida las otras instituciones, que en algunos casos pueden llegar a desnaturalizarse también, mientras que en otros casos sólo hay arrogación de funciones, normalmente ajenas, pero justificables en razón de la ética y de la catastrófica situación de emergencia.

La actual situación de las instituciones es debida al modelo oligárquico económico, al sistema político a su servicio y al conflicto social que ambos han generado. Todas las instituciones han sido arrastradas a la arena del conflicto. Por la agudeza de éste, también las instituciones se han colocado a ambos lados del conflicto, y con ello —independientemente de las intenciones y de la misma naturaleza pacífica, racionalizadora o aun reconciliante de algunas instituciones— objetivamente se sigue polarizando y agudizando el conflicto.

El antiguo modelo oligárquico entonces ni hace justicia a las mayorías ni posibilita el funcionamiento normal de las instituciones ni genera la paz. Estos hechos básicos los quiere distorsionar la oligarquía y sus representantes, civiles y militares, en un forcejeo por mantener sus privilegios, y proponen la antigua y usada solución gatopardista: **que algo cambie para que todo quede igual,** *con lo cual trágicamente todo queda y todo quedará igual, no llegará la justicia y no vendrá la paz.*

2. El golpe militar del 15 de octubre de 1979, si se hubiese hecho realidad la Proclama de la Fuerza Armada y hubiese sido eficaz la buena voluntad de los militares que lo llevaron a cabo y de los civiles que accedieron al gobierno, hubiese supuesto un cambio real y suficientemente radical para sacar al país de su postración, encaminarlo a lo que en su tiempo llamamos "la revolución necesaria", y resolver el conflicto y traer la paz.

La Proclama, sin los manoseos y desnaturalización posteriores, sugería la posibilidad de un cambio trascendental en la institución militar, la perspectiva de un reencuentro histórico del ejército con su pueblo, la búsqueda de transformaciones profundas en lo económico, social, político y cultural. El hecho de que los gestores de la insurrección de octubre se articulasen con representantes de foros políticos y sindicales, con universitarios y técnicos, con organizaciones de masas mostraba su voluntad sincera y las posibilidades abiertas del nuevo proyecto.

Pero el 15 de octubre no cuajó por una serie de factores, sea cual fuere su concatenación lógica y cronológica. Muy pronto se reestructuró la Fuerza Armada de modo que paralelamente a las sinceras proclamas reformistas de unos, inmediatamente se derechizó en sus puestos claves, aunque esa derechización sólo se

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

hiciese clara e inequívoca semanas después. La tensión entre militares reformistas y aun revolucionarios y militares autoritarios y prooligárquicos, que todavía no ha desaparecido, pronto se resolvió en favor de la tendencia derechizante. Por otra parte, los grupos radicales no entendieron a su debido tiempo las intenciones honestas de algunos militares ni intentaron la colaboración con ellos para experimentar al menos hasta dónde y qué se podía conseguir de la unificación de ambas fuerzas. La comprensible desconfianza hacia los militares y una interpretación excesivamente dogmática de los acontecimientos les llevó a una clara oposición al golpe en sus inicios, aunque después intentasen un diálogo. Esto, unido a la derechización del ejército, hizo inviable el proyecto; la posibilidad de aunar fuerzas honestas, populares, revolucionarias y democráticas para la conducción política del país nunca llegó a ser realidad. El 15 de octubre ni fue solución ni disminuyó en nada la polarización y el conflicto en el país.

La derechización de la Fuerza Armada, la desconfianza del sector revolucionario hacia ella, la extrema ideologización del momento produjo un movimiento de acción y reacción que ahondó las ya difíciles diferencias políticas que vivía la nación en 1979. Al caer la primera Junta, que parecía representar una pluralidad aceptable dentro de la correlación de fuerzas internas y externas, se desvaneció la posibilidad de serios cambios, de aglutinar fuerzas sociales políticas y militares, y de parar el fantasma de la guerra que se veía en el horizonte. La segunda Junta configuró en enero de 1980 un pacto unipartidista entre la Fuerza Armada y la Democracia Cristiana, pero sin posibilidad ya de detener los mecanismos de solución militar que tanto el Estado oligárquico-militar como las guerrillas de izquierda preveían como la única alternativa de solución. La fórmula política de una Junta cívico-militar ha fracasado. Este fracaso no se debe exclusiva ni primordialmente, como se quiere hacer creer, a la polarización entre la extrema derecha y la extrema izquierda, sino a la falta de apoyo popular, a que el poder sigue residiendo realmente en los militares de tendencia más autoritaria y oligárquica, a que éstos quieren imponer verticalmente "desde arriba", incluso las reformas, y en último término al persistente intento de anteponer los intereses y privilegios de la institución armada a los de toda la nación.

Como consecuencia de este fracaso se ha desatado un estado de guerra civil, como fórmula para superar la crisis. Con ello la paz social no sólo no se ha ido recuperando sino que ha desaparecido absolutamente. La militarización del conflicto a partir de enero de 1980 no ha hecho sino hundir al país en el despeñadero de una violencia irracional. Los cuerpos de seguridad han desatado una feroz cacería de elementos pertenecientes a la oposición, sin importarles el grado de participación política. Con el

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

resabio anticomunista de los años 50 se han causado ya más de 20,000 muertos, la mayoría no caídos en enfrentamientos militares, sino sacados de sus casas y asesinados a sangre fría por el solo hecho de no estar de acuerdo con el programa de "reformas con represión", o víctimas de masivos operativos militares que se dirigen contra la guerrilla, pero aniquilan a la población civil.

La oposición civil y democrática se ha visto compelida en enero de 1980 a unirse ética y políticamente a la oposición armada para hallar una solución política por medio de la guerra, con lo cual se convirtió en guerra civil lo que antes era sólo represión y autodefensa.

Las intenciones reformistas del 15 de octubre se han echado por la borda. El planteamiento democrático de la Proclama se ha pisoteado con la imposición del partido único y el oficialismo incipiente que busca las elecciones casi inmediatas para perpetuarse en el poder. Las reformas, implantadas dentro de una estrategia general, económica, política y militar, no han sido solución, han ido acompañadas de represión y lejos de fomentar la participación de los diversos grupos y potenciar la reclamada y ansiada democratización nacional, han generado violencia gubernamental y violencia guerrillera en una espiral de muerte, destrucción y caos institucional. La conducción política del país está en manos de los Estados Unidos, quienes definen el proyecto político global, se convierten en portavoces políticos y diplomáticos del país, envían armamento y asesores militares para dirigir operaciones militares, y diseñan e imponen las reformas, sin consideración alguna sobre su eficacia para el país, sino al servicio de sus intereses políticos y militares.

El proceso que empezó el 15 de octubre no ha logrado la paz, no ha logrado la despolarización de la sociedad salvadoreña, sino todo lo contrario, no ha logrado erradicar el modelo económico que origina lo anterior y no ha logrado un nuevo modelo que garantice la justicia y la paz.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

3. Así no podemos seguir. La situación actual, por las condiciones mismas del desarrollo económico y social, por la composición de fuerzas sociales internas y por la ubicación geopolítica del país, no puede prolongarse sin que genere aún más graves conflictos, más muertes y destrucción, y sin que haga verosímil, tarde o temprano, el involucramiento directo de los Estados Unidos y de otros países, en una situación que compete resolver únicamente a los salvadoreños. Incluso amenaza el espectro de una internacionalización del conflicto, extendiéndose a otros países de América Latina, cuyas consecuencias serían catastróficas.

Hay que poner por lo tanto un paro inmediato al actual conflicto, hay que buscar una solución que sea eficaz para el cambio de estructuras y para la pacificación del país. Hay que buscar una solución que sea lo más rápida posible, aunque tampoco deba ésta precipitarse, sino asegurar una verdadera solución.

La guerra como instrumento político para lograr la justicia y la paz es una vía extrema que históricamente ha sido inevitable, pero no por ello debe ser vista ahora como solución. La guerra ha creado muertes sin número, destrucción e inmensos costos sociales. Está interiorizando la violencia en los distintos estratos sociales, creando intranquilidad, inseguridad y zozobra. Está impidiendo el desarrollo normal de la economía y, a mediano o largo plazo, engendrará mayor miseria en el país. No se ha resuelto nada con sólo la guerra entre los salvadoreños, excepto el matarnos unos a otros y evidenciar que la crisis sigue y se agudiza, sin que por ningún lado aparezcan las soluciones eficaces y permanentes.

La guerra por sí misma no garantiza ninguna solución sino sólo la prolongación indefinida y agudizada del desastre descrito. Si en diferentes ocasiones uno u otro bando en contienda han creído poder triunfar militarmente uno sobre el otro, es ahora claro para una apreciación serena que ni el FMLN derrotó al ejército regular ni éste está derrotando a la guerrilla. Seguir pensando que una de las alternativas puede seguir siendo una posibilidad inmediata parece contradecir los datos empíricos, pero sobre todo significa decidirse por una cruel prolongación del conflicto.

No es fácil en medio de la guerra escuchar las voces racionalizadoras. Creemos no obstante que aún es tiempo, y debe serlo, de buscar márgenes políticos propicios para una lucha que no sea ya entre enemigos sino entre adversarios, que no se alimente ni se decida por la fuerza de las armas, sino por la fuerza de la razón al servicio de la justicia.

Como hemos dicho en un anterior editorial, creemos que esa solución puede ser una negociación mediada. En ese editorial y en diversos artículos de esta revista se analizan las razones,

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

dificultades, objetivos, condiciones y frutos previsibles de la mediación. En este momento nos interesa sobre todo repetir su urgente necesidad y motivar a las diversas partes en conflicto a llevarla a cabo con seriedad.

Creemos que ante los hechos consumados, ante la experiencia obtenida por ambos bandos, la mediación se impone, y se puede negociar una solución entre el FDR/FMLN y la DC/FA. No se trata de una negociación entre vencedores y vencidos, sino de una negociación política entre facciones que no pueden imponerse una a la otra sin causar daño tremendo a la totalidad de la población que desea el cese al fuego; se trata de una tregua que permita el diálogo y la salida política global que garantice la verdadera paz y justicia social.

Para ello hay que tener una decidida voluntad de solución. Hay que buscar en un principio las aproximaciones posibles más allá de los pequeños intereses partidarios o de la preservación de privilegios injustos. No propiciar la creación de ese espacio político común, que en el fondo garantiza la base social para cualquier revolución nacional y anti-oligárquica, sería desnaturalizar cualquier proceso de cambios y convertirlo en un engaño para las masas.

Mantener la terquedad de que el actual proceso propiciado por la Junta, incluidas las elecciones, camina hacia una solución del conflicto es ceguera palpable y serio obstáculo para la voluntad de negociación. También lo sería la absolutización de esquemas revolucionarios cerrados que impidiesen la concurrencia de todas las fuerzas sociales interesadas en la transformación del país. Sólo una decidida voluntad de solución para el país y para acortar el conflicto actual puede lograr el necesario pacto de unidad para concretar las bases de una verdadera revolución, que sería el principio del fin de la guerra y el primer paso para lograr la justicia.

No se nos escapa que hay mutua desconfianza y recelos entre una y otra facción beligerante, ni que, más en concreto, una negociación mediada sea vista como pura maniobra política del adversario y sea presentada como engaño al pueblo. La pérdida del documento de mediación de la Comisión Político Diplomática del FDR, dirigido al FMLN el 1o. de febrero, colaboró a esa desconfianza y dio aparente justificación al rechazo a la mediación. Por otra parte existe la desconfianza justificada hacia la actual Junta y la Fuerza Armada. Su trayectoria hace difícil creer que la Fuerza Armada —si llega a sentarse en la mesa de negociaciones— pueda despojarse de su tradicional prepotencia en decidir la política del país.

Esta mutua desconfianza no debiera sin embargo entorpecer la mediación. No deben olvidar unos la presencia en el FDR de numerosas personas cuya integridad, lealtad al país y dedicación a la justicia están fuera de toda duda. La explicación que ha

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

dado el FDR sobre el documento perdido y su sincera voluntad de negociar debe ser una garantía. Tampoco deben olvidar otros que la homogeneidad de la Fuerza Armada no es total, que ha habido y hay en ella quienes optaron y siguen optando por una plataforma anti-oligárquica, democrática e independiente hacia intereses extranjeros, como se ha demostrado durante y después del 15 de octubre.

Aún aceptada la voluntad de negociar por ambas partes, es evidente que cada bando la enfocará desde su propia perspectiva y la pensará dentro de una estrategia más amplia. En este sentido se puede hablar de la mediación como maniobra. Pero esto de nuevo no debe paralizarla, porque independientemente de las intenciones —que en lo sustancial pueden ser expresadas con sinceridad—, independientemente de los propios intereses que busquen los bandos con la mediación, ésta parece hoy por hoy la solución objetiva más racional y eficaz para buscar futuras soluciones y, sobre todo, para acortar la agonía del país. Es la realidad objetiva del país la que exige la mediación, es el país el que ganará con ella o perderá sin ella.

4. La opinión pública mundial está clamando para que se ponga fin al conflicto de El Salvador. Numerosas personalidades e instituciones, políticas, sociales, culturales y religiosas, están abogando por la mediación e incluso ofreciendo sus buenos servicios. Dentro del país muchos desean una solución negociada y están dispuestos a trabajar por ella; otros aspiran al menos a que se ponga fin a la guerra y reconocen que no hay solución ni para el país, ni para sus propios intereses, sin algún tipo de pacto social, mejor garantizado por la mediación que por las elecciones. Además el análisis intrínseco y racional de la mediación la presenta como la solución más razonable, con mayores posibilidades de detener el conflicto armado y con mejores virtualidades para conseguir una solución estructural duradera.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

Las medidas previas que desencadenaría: apertura de los medios de comunicación, cese de la represión, tregua en la violencia, derogación del Estado de Sitio, ley marcial y decretos que lesionan seria y gravemente los derechos ciudadanos, sólo pueden ser bienvenidas por una población que vive aterrorizada. Por todo ello creemos que la mediación es una forma civilizada y eficaz para encontrar un camino de solución y un mecanismo para abreviar la agonía de la represión y la guerra; creemos que es una solución posible si existe un mínimo de lucidez y de voluntad de solución entre los bandos en contienda.

Este número de ECA quiere ser un aporte a la viabilidad y racionalidad de la mediación. Las diversas contribuciones transcienden las adhesiones partidistas para insertarse en el corazón mismo de nuestra realidad y su conflicto, para esclarecer racionalmente los hechos y sus interpretaciones y para buscar soluciones. Esperamos que este número monográfico sea leído también con ese espíritu, y se vea en él una base de discusión, un punto de partida de un diálogo y comunicación indispensables.

Queremos terminar con un llamado a la reflexión y un llamado a la paz. Todos los salvadoreños y los grupos en contienda sabemos que de seguir así no habrá ni vencedores ni vencidos, sino un sólo perdedor: el pueblo salvadoreño. Pedimos por lo tanto el cese de la represión y de la violencia. Pedimos que al amparo de personalidades de alto prestigio mundial, los responsables se sienten a la mesa para buscar las mejores soluciones para finalizar la guerra, garantizar los derechos humanos, instaurar estructuras de justicia y crear una sociedad que sea en verdad democrática, anti-oligárquica y revolucionaria para bien de las mayorías.

Hacemos este llamado desde nuestra racionalidad universitaria, desde nuestro compromiso con las masas desposeídas y desde nuestra inspiración cristiana. Pongamos manos a la obra antes de que en nuestra patria no quede piedra sobre piedra, antes de que, ante la disolución social, el desastre económico, la bancarrota moral y el exterminio del pueblo, nos sentemos a llorar nuestra falta de responsabilidad.

11 de junio de 1981.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"